

el pañuelo, bajó para cogerla y la ocultó así á la vista de los gendarmes. Esta última y conmovedora labor de la reina, empapada de lágrimas, fué entregada á su hija despues de su muerte.

En los últimos dias de su encarcelamiento, el alcaide obtuvo, bajo pretexto de garantizar mejor su responsabilidad, el que se retirasen los gendarmes al interior y se situasen fuera de la puerta en un corredor, y la reina no tuvo que sufrir desde entonces las miradas, los dichos y ultrajes continuos de sus vigilantes. No tenia mas sociedad que la de sus pensamientos. Pasaba horas enteras leyendo, meditando y orando. Esto no obstante, y á pesar de la continua presencia de dos gendarmes ante su enrejada ventana, adictos encarcelados que pasaban y cruzaban por el patio, hablando en alta voz de las noticias públicas, hacian penetrar indirectamente algunas medias palabras hasta los oidos de la reina, y de esta manera supo con anticipacion el dia en que debía presentarse ante el tribunal.

## XVIII.

El 13 de octubre fué Fouquier-Tinville á notificarla su acta de acusacion. Escuchóla la reina como una formalidad de muerte que no merecia el honor de la discusion. Su crimen era el ser reina, esposa y madre de rey, y haber odiado una revolucion que le arrancaba la corona, su esposo, sus hijos y su vida. Para amar la revolucion hubiera sido preciso aborrecer la naturaleza y renegar de todos los sentimientos humanos. Entre ella y la república no habia proceso, sino guerra á muerte. La mas terrible de las dos imponia penas á la otra. Esto no era justicia, era venganza. La reina lo sabia, la muger lo aceptaba; ni podia arrepentirse, ni queria suplicar.

Buscó, para cumplir con las formas, dos defensores, Chauveau-Lagarde y Tronson-Ducondray. Ambos abogados, jóvenes, ilustres, generosos, habian solicitado secretamente tal honor. Buscaban en las causas solemnes del tribunal revolucionario, no un vil salario á sus palabras, sino los aplausos de la posteridad. Sin embargo, un resto de instinto vital, que hacia buscar á los moribundos una eventualidad de salvacion hasta lo posible, ocupó á la reina el resto del dia y la noche siguiente, y notó algunas contestaciones á los interrogatorios que iba á sufrir.

El siguiente dia 14 de octubre, á las doce, se vistió y peinó con toda la decencia que permitia la sencillez y pobreza de sus vestidos. No intentó hacer gala de los girones que hubiesen avergonzado á la república, ni menos pensó en escitar la compasion del pueblo. La dignidad de muger y reina le prohibian escudarse con su miseria.

Subió rodeada de una fuerte escolta de gendarmes la escalera del pretorio, cruzó las oleadas populares á quienes tan solemne venganza habia atraido á los pasillos, y se sentó en el banco de los acusados. Su frente, herida por el rayo revolucionario y marchita por el dolor, ni se veia abatida ni humillada. Los ojos, rodeados de ese círculo negro que los insomnios y las lágrimas trabajan como lecho del pesar bajo los parpados del desgraciado, lanzaban aun rayos de su antiguo brillo sobre la frente de sus enemigos. No se veia ya la beldad que habia enloquecido la corte y deslumbrado la Europa, pero se adivinaba su existencia. La boca contrastada mostraba la dignidad real, no oculta aun por las huellas de colosales sufrimientos. La natural frescura de su tez del Norte luchaba aun con la livida palidez de las prisiones. Sus cabellos, encanecidos por las angustias, contrastaban con la juventud del rostro y del talle, y se desarrollaban sobre su cuello como una amarga y precoz irrision del destino á la juventud y la beldad. Su ademan era



natural; no el de una reina irritada insultando con su desprecio al pueblo que triunfa de ella, ni el de una suplicante que intercede por medio de su decaimiento, sino el de una víctima que los prolongados infortunios han habituado á sufrir, que ha olvidado que ha sido reina y que se acuerda solamente de que es muger; que no quiere reivindicar nada de su desvanecido rango, ni abdicar nada de la dignidad de su sexo y de su desgracia.

## XIX.

La multitud, muda mas por curiosidad que por emocion, la contemplaba con ávida mirada. El populacho parecía gozar en ver por fin bajo sus pies aquella altanera muger, y en medir su grandeza y fuerza en el abatimiento de su temible enemiga. Componíase la multitud generalmente de mugeres que habian tomado por oficio acompañar con sus insultos á los condenados al cadalso. Los jueces eran: Hermann, Foucault, Sellier, Coffinhal, Deliége, Ragnmey, Maire, Denizot y Masson. Hermann presidia.

«¿Cuál es vuestro nombre? preguntó el presidente á la acusada.—Me llamo María Antonieta de Lorena de Austria, respondió la reina. Su débil y conmovida voz parecía pedir perdon al auditorio del poderio de estos nombres.—¿Vuestro estado?—Viuda de Luis, poco ha rey de los franceses.—¿Vuestra edad?—Treinta y siete años.»

Fouquier-Tinville leyó al tribunal el acta de acusacion. Era el resumen de todos los supuestos crímenes de nacimiento, de rango y situacion de una jóven reina estrangera, adorada de su córte, omnipotente sobre el corazon de un débil rey, contraria á ideas que no podia comprender y á instituciones que la destronaban. Esta

parte del acta no era mas que la acusacion de su destino. Eran verdaderos crímenes para sus enemigos, pero eran crímenes de nacimiento. Ni la reina podia absolverse, ni el pueblo acusarla. Lo restante del acta era un odioso eco de todos los rumores y murmullos que durante diez años habia sustentado la opinion pública; las prodigalidades, los desenfrenos supuestos y pretendidas traiciones de la reina. Era su impopularidad, traducida en crimen. Escuchó todo, sin dar muestra ninguna de emocion ó sorpresa, como muger acostumbrada al odio y sobre la que la calumnia habia perdido su amargura, y el ultraje su dureza. Sus dedos recorrían distraídos la barandilla del sillón, como los de una muger que busca reminiscencias sobre el piano. Sufria la voz de Fouquier-Tinville, pero no le escuchaba.

Los testigos fueron llamados é interrogados. Despues de cada deposicion interpelaba Hermann á la acusada, la cual respondia con presencia de espíritu y discutia brevemente sus aseveraciones refutándolas. El solo mal de esta defensa era la misma defensa.

## XX.

Varios de los testigos, arrancados de las cárceles en que estaban detenidos, le recordaron dias mas felices y se enternecieron al ver á la reina de Francia en tanto abatimiento. De este número fueron Manuel, acusado de humanidad en el Temple, y de cuya acusacion se honró, y Bailly, que se inclinó con mas respeto ante la caída de la reina, que lo habia efectuado ante su poder. Las respuestas de María Antonieta no comprometieron á nadie. Ofrecióse sola al odio de sus enemigos y cubrió generosamente á sus amigos. Todas las veces que se pronunciaban en los debates del proceso los nombres de la princesa de



Lamballe ó la duquesa de Polignac, objetos de su mayor ternura, se notaba en ella un acento de sensibilidad, de tristeza y de respeto para con estos nombres. Aseguró que no abandonaba sus sentimientos ante la muerte, y que si entregaba su cabeza al pueblo, no le entregaba su corazón para profanarlo.

La ignominia de ciertas acusaciones quisieron deshonrar en ella hasta los sentimientos maternos. El cínicó Hebert, oído como testigo sobre lo que habia sucedido en el Temple, imputó á la reina actos de depravacion y disolucion, tendiendo hasta corromper á su propio hijo, «con la intencion, decia, de enervar el alma y cuerpo de este niño, y reinar en su nombre sobre las ruinas de su inteligencia.» La piadosa madama Isabel estaba presente como testigo y cómplice de tales maldades. La indignacion del auditorio se desbordó á tales palabras, no contra la acusada, sino contra el acusador. La naturaleza ultrajada se rebeló. La reina hizo un ademán de horror, embarazada por no poder responder sin mancillar sus labios. Un jurado reprodujo el testimonio de Hebert, y preguntó á la reina por qué no habia respondido á tal acusacion. «No he respondido, contestó con la magestad de la inocencia y con la indignacion del pudor, por que hay acusaciones á las cuales la naturaleza rehusa contestar.» Volviéndose despues hácia las mugeres del auditorio, las mas encarnizadas contra ella, é interpellándolas por el testimonio de sus corazones y por la igualdad de sexo: «Apelo á todas las madres aquí presentes,» exclamó. Un murmullo de horror contra Hebert, recorrió la multitud.

La reina no respondió con menos dignidad á las imputaciones que se le hacian de haber abusado de su ascendiente sobre la debilidad de su marido. «Tenia sobrada firmeza de carácter dijo; yo era únicamente su esposa, y mi deber, como mi felicidad, me imponian la obligacion de conformarme con su deseo.» No sacrifi-

có, ni por una sola palabra, la memoria y honor del rey, al cuidado de su propia justificacion ó al orgullo de haber reinado bajo su nombre. Quiso llevarle al cielo su memoria honrada ó vengada.

## XXI.

Despues de terminados estos largos debates, recapituló Hermann la acusacion, y declaró que el pueblo francés entero deponia contra Maria Antonieta. Invoeó la pena en nombre de la igualdad en los crímenes y la igualdad en los suplicios, y sentó las cuestiones de culpabilidad ante el jurado. Chauveau-Lagarde y Cronson-Ducondray, conmovieron con sus defensas la posteridad, sin conmover al auditorio ni á los jueces. Por cumplir con las formas deliberó el jurado y entró en la sala una hora despues de su interrupcion. Luego se llamó á la reina para que oyese su sentencia. Maria Antonieta la habia ya deducido anticipadamente por los gritos y vociferaciones de alegría de la multitud que llenaba el palacio, y la escuchó sin pronunciar una palabra ni hacer el menor gesto. Dijole Hermann si tenia que manifestar algo contra la pena de muerte fulminada; y la reina meneó la cabeza y se levantó para marchar por sí misma al suplicio. Desdenóse de acriminar de su rigor al destino y su crueldad al pueblo. Suplicar, hubiese sido reconocer: quejarse, perder su dignidad; llorar, envilecerse. Se resignó, pues, al silencio, que era su última inviolabilidad. Feroees aplausos la acompañaron hasta lo mas hondo de la escalera, cuando bajó desde el tribunal á la cárcel.

Los primeros rayos del dia empezaban á luchar bajo de aquellas bóvedas con las antorchas con que los gendarmes iluminaban sus pasos. Eran las cuatro de la mañana. Cuatro horas iban ya trascurridas del último dia de su vida. Dejaronla aguardando la hora del suplicio en



la estancia fatal en que los condenados á muerte esperan al verdugo. Pidió al conserge tinta, papel y pluma, y escribió á su hermana la siguiente carta, encontrada despues en los papeles de Couthon, á quien Fouquier-Tinville hizo el presente de las particularidades de la muerte y de aquellas reliquias de la magestad.

«El 15 de octubre á las cuatro y media de la mañana.»

«A vos, hermana mia, es á quien escribo por la última vez. Acabo de ser condenada, no á una muerte vergonzosa, porque esta lo es solo para los criminales, sino á ir á unirme con vuestro hermano. Inocente como él, espero tener su mismo valor en los últimos momentos. Siento profundo pesar en abandonar á mis pobres hijos; no ignorais que solo por ellos y por vos vivia; por vos, que incitada por vuestro cariño lo habeis sacrificado todo para estar junto á nosotros. ¡En qué situacion os dejo! He sabido por el relator del proceso, que está mi hija separada de vos. ¡Ah! infeliz hija mia, no me atrevo á escribirla; tampoco recibiria mi carta, y aun dudo mucho que recibais esta. En nombre de los dos os doy mi bendicion. Espero que un dia, cuando mis hijos sean mayores, podrán reunirse y gozar en libertad de vuestros solícitos cuidados. Que piensen los dos en lo que no he dejado de inspirarles. Que su amor y confianza mútua hagan su felicidad. Que mi hija conozca que en la edad en que se encuentra debe ayudar constantemente á su hermano con los consejos que su superioridad de esperiencia y su cariño, puedan inspirarle. Que mi hijo á su vez le devuelva todos los cuidados y servicios que el amor puede ofrecer. Que conozcan ambos, finalmente, que en cualquier posicion en que puedan encontrarse solo los hará verdaderamente dichosos su constante union. Que tomen ejemplo de nosotros. ¡Cuánto ha dulcificado nuestra desgracia el amor que nos ha unido! y en la felicidad se goza doblemente cuando se puede compartir con un amigo; ¡dónde

le encontrarán mas tierno ni mas afectuoso que en su propia familia? Que no olvide jamás mi hijo las últimas palabras de su padre, que espresamente le repito. *Que no intente jamás vengar vuestra muerte.*

«Voy á hablaros de un asunto muy penoso para mi corazon. Conozco cuanto os habrá hecho padecer mi hijo. Perdonadle, hermana querida; pensad en la edad que cuenta y en lo fácil que es hacer decir á un niño lo que se quiere y que aun no comprende. Confio en que llegará un dia, en que conocerá todo el precio de vuestras bondades y toda la ternura que por los dos sentís. Réstame aun confiaros mis últimos pensamientos. Hubiese querido apuntarlos desde el principio de mi proceso; pero á mas de no dejarme escribir, la marcha de éste ha sido tan rápida que no me hubiera dado tiempo para efectuarlo. Muero en la religion católica, apostólica y romana, religion de mis padres, religion en la que me he educado y he profesado siempre; sin aguardar ningun consuelo espiritual, ignorando si aun existen sacerdotes de esta religion, y temiendo por ellos si penetrasen hasta el calabozo. Con la verdad del corazon, pido á Dios que perdona las faltas que he cometido durante mi existencia. Su bondad infinita acogerá mis últimas plegarias, como tambien las que ha tiempo le dirijo, para que su misericordia y bondad acepten mi alma. Pido perdon á todos los que conozco, y particularmente á vos, hermana mia, de todos los sinsabores que involuntariamente os haya podido causar. Perdono á mis enemigos el mal que me han hecho. Dirijo mi postrer adios á mis tías, hermanos y hermanas. Tenia amigos, y la idea de que los abandono para siempre, junto con los trabajos que sufren, es la que mas atormenta mi agonía; que no ignoren á lo menos que hasta mi último suspiro les he consagrado mi recuerdo. ¡Adios, mi bondadosa y amante hermana! Ruego al cielo que recibais esta carta. ¡Pensad en mí! ¡Os abrazo con toda la efusion de mi corazon, como tambien á esos po-



bres y queridos hijos...! ¡Dios mio! ¡Cuán doloroso es abandonarles para siempre! ¡Adios! ¡Adios...! mi deber es ocuparme tan solo de lo espiritual. Como estoy encadenada en mis acciones, seme destinará tal vez un sacerdote; pero ni una palabra oirá de mi labio: para mí será completamente un extraño.»

## XXII.

Al terminar esta carta la besó una y mil veces, como si hubiese querido que sus hijos recibiesen por ella el calor de su labio y la humedad de sus lágrimas. La plegó, y sin cerrarla la entregó al alcaide Bault. Este la remitió á Fouquier-Tinville.

Se ha escrito que en aquellos supremos momentos, la concedieron un sacerdote no juramentado, y los sacramentos de la religion católica. En su agonía no recibió ninguno de estos consuelos, que la ayudasen á fortalecerse ó defenderse en su última lucha. Vamos á trascribir el relato de un testigo ocular de las circunstancias religiosas que precedieron al suplicio de la reina.

La república, aun en sus mas terribles accesos no desconoció á Dios, como algunos creen, ni rompió los lazos del hombre con la religion y del alma con la inmortalidad. Habia republicanizado su culto, pero no abolió ni el ejercicio, ni la dotacion de este culto republicano. No desechó las antiguas prácticas de la justicia criminal, ni la costumbre de enviar sacerdotes á los condenados á muerte. Eran sacerdotes constitucionales. El arzobispo de Paris, Gobel, vigilaba escrupulosamente este caritativo servicio confiado á su clero. Multiplicáronse las ejecuciones, y tuvo que aumentar el número de sacerdotes á quienes confiaba aquella mision. En el arzobispado permanecian siempre cinco ó seis sacerdotes, que se releva-

ban en esta especie de centinela fúnebre. Cada vez que el tribunal revolucionario pronunciaba sentencia de muerte, el presidente remitía la lista de los condenados á Fouquier-Tinville. Fouquier la enviaba al arzobispo; el prelado advertía á los sacerdotes, y estos se distribuian las cárceles.

Igual formalidad se cumplió con la reina. Pero en esta ocasion, la alta categoria de la víctima, la aversion á este encargo, la repugnancia á que la historia no revelase su nombre ligado á un asesinato que tanto pregonaria la posteridad, el miedo de que el pueblo asaltara al acompañamiento antes de llegar al cadalso, inmolando en la carreta la víctima y al sacerdote, y por último, la seguridad de no ser admitidos por una muger que todo lo rechazaba de la revolucion, hasta las preeces, retrajeron algun tanto á los sacerdotes de Gobel, mostrándose tímidos y remisos en llenar su deber al lado de María Antonieta; asi es que se trasmitian el encargo unos á otros.

Tres se presentaron no obstante por la noche en la Consergeria, y ofrecieron timidamente su ministerio á la reina. El uno de ellos era el cura constitucional de Saint-Landry, llamado Girard; el otro uno de los vicarios del arzobispo de Paris, y el tercero un sacerdote alsaciano, llamado Lonhringer. La reina los recibió mas como precursores del verdugo que como precursores de Cristo. El cisma que admitieron era para la reina una mancha de la república. Sin embargo, conmovió á la reina su actitud respetuosa y su lenguaje. Adornó su repulsa con una expresion de reconocimiento y demostrando pesar: «Os doy gracias, dijo al abate Girard; pero mi religion me prohíbe que el perdon de Dios me lo trasmita la voz de un sacerdote que no pertenece á la comunión romana.... Sin embargo, siento necesidad de un confesor, añadió con apacible y tímida humildad, la cual reconocia en su corazon no ante el sacerdote, sino ante el hombre, por



que soy gran pecadora. Pero voy á recibir un gran sacramento.—Si, el martirio, » dijo en voz baja el cura de Saint-Landry, y se retiró inclinándose.

El abate Lambert, jóven, de noble aspecto, de una estatura mas militar que sacerdotal, de acrisolado republicanismo, y de fe sincera, aunque alterada por las tempestades del tiempo, se mantuvo á respetuosa distancia, detrás de sus dos co-hermanos. Contempló silencioso esta terrible espiacion de la magestad por una muger, y salió admirado de las lágrimas que arrasaban sus ojos.

El abate Lothringer se obstinó en ofrecer su ministerio. Era un hombre piadoso por conviccion, servicial, limitado de inteligencia y que creia el sacerdocio un oficio. Le ejercia con agitacion y vanidoso celo; asistia en sus calabozos á cuantos sentenciados le era posible, espiando una idea que se dirigiese á Dios hasta el pie del cadalso. Tal fué el único consolador que la Providencia deparó en sus últimos momentos á la muger que mas que todas necesitaba de su consuelo.

A pesar de sus importunas amonestaciones, el abate Lothringer no consiguió que la reina doblase la rodilla ante él. Sola elevó sus preces; sola se confesó á Dios. No poseia la apacible y viva fé de su esposo para fortalecerse en su último momento. Su alma era mas apasionada que piadosa. La atmósfera del siglo XVII, que respiró, las mundanas distracciones de sus costumbres, y algo despues las agitaciones del trono é intrigas políticas, evaporaron la religion de su alma, demasiado combatida por los vientos del mundo, para que conservase siempre impresos los pensamientos consagrados á Dios. Durante mucho tiempo, la religion fué para ella una manifestacion política, una etiqueta de la corona, cuya degradacion humillaria la corte, y debilitaria el trono. Solo la encontró en el fondo del abismo de sus desgracias. El ejemplo de la fé de Luis XVI y de su hermana, fueron como un piadoso contagio que afectó su

alma. Pero esta fé de deseo y de imitacion no alcanzó en ella ese estado de seguridad y de beatitud que cambia las tinieblas en luz, la muerte en apoteosis. A María Antonieta le asistia solo la resolucion de morir como cristiana, fé en la que murió su esposo, fé en la que vivia su angelical hermana, á quien dejaba por madre de sus hijos. Esta hermana le deparó secretamente un consuelo que su piedad consideraba una necesidad para su salvacion. Era el número y piso de una casa de la calle de San Honorato, delante de la cual pasaban los ajusticiados, en la que en el dia y á la hora de su ejecucion, estaria un sacerdote católico, para absolverla y bendecirla en nombre de Dios; bendiccion invisible para el pueblo. La reina confiaba en este sacramento, para morir en la fé de su raza, y reconciliarla con el cielo.

## XXIII.

La reina, despues de haber escrito y orado, durmió tranquilamente algunas horas. Cuando despertó, la hija de Bault, la vistió y peinó con algun cuidado mas que los otros dias. María Antonieta se quitó el vestido negro que usaba desde la muerte de su esposo, para vestirse otro blanco, simbolo de inocencia para la tierra, y de alegría para el cielo. Un pañuelo tambien blanco cubria sus espaldas, y una gorra, igualmente blanca, su cabeza. Una cinta negra que afirmaba esta gorra á las sienes, recordaba al mundo su luto, á la reina su viudedad, y al pueblo su inmolation.

Inundaban numerosos espectadores las ventanas, los parapetos, los tejados y aun los árboles. Bullian por las rejas y hasta en los patios, un tropel de mugeres animadas de furor contra la *Austriaca*. Cubria el Sena una pálida niebla de otoño, que por algun punto permitia que



los rayos del sol, hiriesen los techos del Louvre y del palacio. A las once, los gendarmes y ejecutores entraron en la sala de los sentenciados. La reina abrazó á la hija del alcaide, y ella misma se cortó los cabellos. Se dejó atar las manos sin murmurar y salió con firme paso de la Consergería. No dejó entrever ninguna debilidad femenina, ningún desfallecimiento del corazón, ningún calofrío, ninguna palidez en sus facciones. La naturaleza obedecía á la voluntad y le prestaba toda su energía para morir como reina.

Al bajar la escalera del patio vió la carreta de los ajusticiados, hacia la que se dirigian los gendarmes. Se detuvo como para cambiar de dirección, y manifestó horror y sorpresa. Creyó que el pueblo revestiría su odio con la decencia, y que, como al rey, la conducirían en un coche cerrado. Dominado este movimiento, bajó la cabeza en señal de aceptación, y subió á la carreta. A pesar de no haber admitido sus ofertas, el zbate Lothringer se colocó detrás de ella.

La comitiva salió de la Consergería en medio de los gritos de *¡Viva la República! ¡Plaza á la Austriaca! ¡Plaza á la viuda de Capeto! ¡Abajo la tiranía!* El cómico Grammont, ayudante de campo de Ronsin, iniciaba estos gritos con su ejemplo, blandiendo su sable y abriéndose paso atropellando con su caballo. La carreta daba vaivenes por el mal piso, y la reina no podía apoyarse por tener sus manos atadas; sin embargo, aunque con trabajo, procuraba guardar el equilibrio y una actitud llena de dignidad. «¡No son esos tus cogines de Trianon!» la decían algunos infames. La humillaban las voces, las miradas, las risas y los gestos del pueblo. Sus mejillas alternaban continuamente entre el sonrosado y la palidez, revelando el hervor y la fermentación de su sangre. A pesar del cuidado que puso en su último adorno, deshonraban su rango el desarreglo de su ropa, la grosera y comun tela, y los magullados plie-

gues. Los bucles de sus cabellos caían por debajo de su gorra, y el viento hacia que azotasen su rostro. Sus secos é hinchados ojos, revelaban los accesos de un dolor que carecía ya de lágrimas; y alguna vez se mordía el labio inferior, como acallando el grito de un dolor agudo.

Luego que hubo atravesado el Puente del Cambio y los tumultuosos barrios de París, el silencio y la actitud de la muchedumbre indicó otra región del pueblo. Si no inspiraba piedad, reinaba al menos la consternación. Sus facciones volvieron á adquirir la calma y uniformidad de expresión que les robaron los ultrajes del populacho. Guardando esta actitud pasó toda la calle de San Honorato. Vanamente se esforzaba el sacerdote en llamar su atención con palabras que parecía rechazar. Asistiéndola toda su comprensión paseaba las miradas por las fachadas de las casas, por las inscripciones republicanas, y por las costumbres y aspecto de una capital, tan transformada en los diez meses de su prisión; y sus ojos se fijaban con especialidad en los pisos superiores, donde flotaban banderolas es tricolor, emblema del patriotismo.

El pueblo creía, y así lo han escrito testigos oculares, que su pueril y varia atención se fijaba en estos signos exteriores del republicanismo, pero su pensamiento vagaba por otra esfera. Sus ojos buscaban entre estos signos de su ruina otro signo de salvación. Se acercaba á la casa que le indicaron en el calabozo, y buscaba la ventana de la que debía descender la absolución del disfrazado sacerdote. Un gesto incomprensible para el pueblo la dió á conocer. Cerró los ojos, bajó la frente y se humilló bajo la mano que la bendecía: impedida por las ligaduras de las manos, hizo con tres movimientos de cabeza el signo de la cruz sobre su pecho. Los espectadores creyeron que oraba sola y respetaron su arrobamiento. Desde este instante brillaron en su rostro una alegría interior y un consuelo secreto.



Al desembocar en la plaza de la Revolucion, los gefes del acompañamiento ordenaron que se acercára lo mas posible la carreta al Pont-Tournant, y que se detuviese un momento frente á la entrada del jardin de las Tullerías. María Antonieta volvió la cabeza hácia su palacio, y contempló algunos instantes este odioso y querido teatro de su grandeza y caída. Algunas lágrimas se desprendieron de sus ojos. En la hora de la muerte recordó todo su pasado. La condujeron al pié del cadalso, y la ayudaron á bajar, sosteniéndola por los codos, el sacerdote y el verdugo. Subió las escaleras con magestad: colocada ya en el cadalso, pisó inadvertidamente el pié del ejecutor. Este hombre exaló un gemido. «Perdonadme» le dijo la reina, con igual timbre de voz que hubiese empleado para uno de sus cortesanos. Se arrodilló y oró un momento. Luego se levantó y dijo mirando á las torres del Temple: «Adios, por última vez, hijos míos; voy á reunirme con vuestro padre.» No intentó como Luis XVI justificarse ante el pueblo, y enternecerle con su memoria. Su fisonomía, como la de su esposo, no retrataba la anticipada mansedumbre del justo y del mártir, sino el desden hácia los hombres y la justa impaciencia de abandonar la vida. No se elevaba al cielo, pero huía de la tierra legándole su indignacion y los remordimientos.

El verdugo, mas conmovido que la reina, sintió un estremecimiento que hizo vacilar su mano, al desprender el hacha. Cayó la cabeza de la reina. El ayudante del verdugo la cogió de los cabellos, dió vuelta al cadalso, y levantándola con la mano derecha la enseñó al pueblo. Un grito de ¡Viva la república! saludó á aquel mudo y ya yerto rostro.

La revolucion se creyó vengada, pero solo una man-

cha recaía sobre ella. Esta sangre de muger empañaba su gloria sin cimentar su libertad. Paris se conmovió menos por aquella ejecucion, que por la del rey. La opinion afectó indiferencia por una de las mas odiosas ejecuciones que consternaron la república. El suplicio de una reina y de una estrangera, en medio de un pueblo que la habia adoptado, no obtuvo la recompensa de los fines trágicos, los remordimientos y la compasion de un reino.

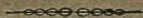
Así murió aquella reina, aérea en la prosperidad, sublime en el infortunio, intrépida en el cadalso; idolo de una córte diezmada por el pueblo; durante mucho tiempo el cariño, despues el ciego consejero de la corona, y mas tarde el personal enemigo de la revolucion. La reina no supo, ni preveer, ni comprender, ni aceptar esta revolucion; solo supo irritarla y temerla. El pueblo la hizo blanco de toda su ira contra el antiguo régimen. Personificó en ella todos los escándalos y todas las traiciones de las córtes. Dueña de su esposo por su belleza y por su valor, le envolvió en su impopularidad, y con su amor le arrastró á su ruina. Su vacilante politica que se amoldaba á las impresiones del momento, ya tímida como la retirada, ya temeraria como la victoria, no supo ni avanzar ni retroceder á tiempo, y degeneró en intrigas con la emigracion y con el estrangero. Favorita encantadora y peligrosa de una envejecida monarquía, careció del respeto, antiguo prestigio de la corona y de la popularidad, prestigio del nuevo reinado. Su mision fué solo admirar, conducir la desgracia y morir. La poca firmeza de su alma la escusa; la hace inocente la admiracion de su hermosura y juventud, y la ennoblece la grandeza de su valor. No se la puede juzgar sobre un cadalso; con-



dolerse es juzgarla. Pertenece al número de esos recuerdos que desarma la severidad política del historiador; recuerdo que se evoca con piedad y que no se juzga, como debe juzgarse á las mugeres, si no con lágrimas.

La historia, enalquiera que su opinion sea, regará este suceso con abundantes lágrimas. ¡Sola contra todos, inocente por su sexo, sagrada por su título de madre, una muger indefensa, inmolada en tierra estrangera por un pueblo que nada perdona á la juventud, á la belleza, al vértigo de la adoracion! Llamada por un pueblo para ocupar un trono, este pueblo ni aun le concede una tumba. En el libro-registro de los entierros comunes de la Magdalena se lee lo siguiente: *Por un atahud para la viuda de Capeto, 7 francos.*

He aquí el resumen de una vida de reina y de esas enormes sumas gastadas durante todo un reinado por la esplendidez en los placeres, y por las generosidades de una muger dueña de Versalles, Saint-Cloud y Trianon. Cuando la Providencia quiere hablar á los hombres con la ruda elocuencia de las vicisitudes reales, dice mas con un solo signo que Séneca y Bossuet con sus magníficos discursos, é imprime una vil cifra en el registro de un sepulturero.



## LIBRO CUARENTA Y SIETE.

Sesion del 3 de octubre de 1793 en la Convencion.—Informe de Amar.—Decreto de acusacion de los girondinos.—Los setenta y tres diputados del centro son declarados sospechosos y puestos en prision.—Causa de los veinte y un girondinos.—Su condenacion.—Su última comida.—Su ejecucion.—Juicio del partido girondino.

### I.

La relacion del proceso y de la muerte de María Antonieta, que no hemos querido interrumpir, nos obliga á volver algunas semanas atrás, hasta el 3 de octubre, para seguir el destino de los girondinos.

Desde el 2 de junio, fecha de su caída y de la prision de sus principales oradores, los girondinos eran objeto del resentimiento del pueblo de Paris, mas sediento que harto de venganzas. La comision de seguridad general encargó á Amar, uno de sus mas implacables miembros, que entregase al tribunal á los principales gefes de este partido, que habian sido presos el 31 de mayo, y que decretase la acusacion de los setenta y tres diputados del centro, sospechosos de complicidad moral con la Gironda, y que habian protestado el 6 y 9 de junio,